

021. A la conquista de Dios

Toda persona de valer tiene un ideal en la vida, y será en el orden de la ciencia, de la política, de la profesión, de la economía, del amor... Pero, nunca y en ninguna parte, se encontrará un ideal que supere a la ilusión de conquistar a *Dios*.

Pronunciamos muy rápido esta palabra monosilábica, de sólo cuatro letras, pero *Dios* no es nada pequeño... ¿Lo podremos conquistar y hacerlo nuestro?...

La conquista de una meta, de un objetivo, resulta siempre apasionante. Se sacrifica todo por la conquista de un ideal.

Un soldado da la sangre por mantener la bandera o plantarla en una posición enemiga.

Un estudiante con orgullo pierde las noches sobre los libros para sacar un título o ganar con brillantez unas oposiciones.

Una mujer se impone mil heroísmos callados y ocultos por cautivar y vencer un corazón.

Un deportista se priva de todo placer y se mata en los entrenamientos por llegar a campeón...

Aquel joven universitario, sin más sueños que ser todo un hombre y todo un cristiano en una pieza, dijo a sus compañeros:

- *Despreciadme y escupidme a la cara, si me veis que no estudio y que no voy a Misa.*

Todo se hace por la conquista de un ideal grande. Pero, ¿se puede tener por ideal la conquista de *Dios*?... Si la conquista de Dios entra en el terreno de lo posible, ¿habrá algo superior que nos pueda fascinar y arrastrar detrás de sí?...

Jesucristo nos dice con apasionamiento:

- *¡Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto!* (Mateo 5,48)

Si Jesucristo nos pone como ideal nada menos que la perfección de Dios, hay que decir que conquistar a Dios es posible. Luego no habrá lucha deportiva más emocionante que el esfuerzo para hacerse ¡nada menos que con Dios!... San Pablo pudo tener ese ideal propuesto por Jesucristo, cuando escribía a su discípulo:

- *¡Corre detrás de la santidad, de la piedad, de la fe, del amor, de la paciencia, de la mansedumbre!... Lánzate al estadio, y corre detrás de todo lo que signifique Dios...* (1Timoteo 6,11)

Lanzarse así a la conquista de Dios es tan fácil que lo puede conseguir un niño, y es a la vez tan heroico que lo puede perder un campeón. Un sabio no lo entiende, y un ignorante lo ve con claridad de sol. Lo puede alcanzar una viejecita, y un guerrero se puede rendir.

Viene al caso lo que le ocurrió a un rey emperador. En su viaje a Argel, Napoleón III entra en un convento de Religiosas. Topa con una sencilla novicia, y se entabla el diálogo.

- *Vamos a ver, ¿en qué quieres que te complazca? Dime lo que quieres, pues deseo darte gusto. No es un placer de todos los días el poder ver al Emperador de los franceses.*

La jovencita religiosa ni es tonta ni es miedosa. Capta la vanidad del Emperador, y le clava una puntillada a su generoso amigo:

- Señor, no tengo más que un deseo. Yo quisiera que Vuestra Majestad me lo pudiera satisfacer, pero dudo que pueda hacerlo.

Napoleón III sigue en su posición de grande:

- ¿Y qué deseo es éste? ¡Pide, pide! Que el rey de Francia puede algo...

La novicia replica algo maliciosa, pero con sinceridad plena, porque siente lo que dice:

- Yo quisiera que Vuestra Majestad me asegurase el Cielo.

Se turba algo Napoleón, y responde grave:

- A eso no llega mi poder. Más bien tú, con tus oraciones, me lo puedes alcanzar a mí...

Pasan varias semanas. De regreso para Francia, el Emperador vuelve al convento para despedirse de la simpática novicia. La superiora, por todo comentario, señala el cielo a través de la ventana:

- Está allí, gozando de aquella felicidad que Vuestra Majestad no pudo concederle.

Dios está al alcance de los humildes. El agricultor se hace con Él entre los terrones del campo, y la mujer de casa entre las ollas y en el lavadero. El comerciante lo hace suyo detrás del mostrador, y la enfermera poniendo una inyección. El profesional creyente atendiendo en su despacho, y la maestra formando a los niños enredones...

A Dios lo tenemos con nosotros en todas partes —lo tenemos sobre todo bien adentro del corazón— y sólo se necesita algo de perspicacia para adivinar su presencia y un poco de entrega para tenerlo contento.

Y si Dios está contento, ¿cómo no se va a dejar vencer por quien no suspira sino por Él, por acrecentar su gracia, por crecer en su santidad, por atesorar méritos para la gloria?... Al que le dice con Francisco de Asís: *¡Mi Dios y mi todo!*, parece como que Dios le respondiera: *¡Y yo todo para ti!*...

Dios se da a todo el que lo busca con sincero corazón. Y se da al que reza. Se da en Jesucristo al que lo recibe en el Sacramento. Se da al que trabaja por Él en la Iglesia. Se da al que reparte amor. Se da y se mete en el corazón que lo acoge siempre con cariño... Si conquistar a *Dios* es tan fácil, ¿qué impide el hacerse con Dios? Si alcanzar ese ideal es apasionante, ¿por qué no lanzarse hasta conseguirlo?..